
EL LUJO, LA HUMILDAD Y LA CREACION ARTISTICA

Una y otra vez constituye para el que esto escribe un maravilloso solaz asistir a las *Sesiones de Arquitectura* que se organizan en Madrid, pues la mayor *diversión*—y tal vez la única verdadera—del hombre que ha tomado un tanto en serio un quehacer intelectual es ampliar horizontes. Para la Filosofía—tan a menudo y, por desgracia para todos, reclusa en su displicente torre de marfil—apoyarse en la ventana siempre abierta de la creación literaria, artística y arquitectónica no es un lujo, sino un deber, pues si algo compete al filósofo es asistir en calidad de vigía calificado a la marcha del hombre hacia las grandes metas de la cultura. No tiene sentido elaborar teorías sin una sólida base de experiencia, de conocimiento de la realidad. No basta, por otra parte, reflejar con fidelidad y opacidad de mero espejo lo que sucede en la vida cotidiana del hombre. El filósofo está llamado a conjugar ambas tareas: conocer lo que de hecho sucede y elaborar teorías para orientar aquello que debe suceder. Algo que parece un círculo vicioso, pero, por fortuna, no es sino el método de circular, de darse los acontecimientos más serios de la vida del hombre. Como cuando decía el gran Pascal: "Ponte de rodillas y creerás en Dios", o cuando, en *Los hermanos Zaramazof*, Zosima le dice a una mujer asediada por graves dudas contra la fe: "Si quieres creer en Dios, vete y practica la caridad con el prójimo."

Por eso el filósofo no dicta tiránicamente normas a impulsos del capricho, a espaldas de las lecciones que da la vida en su curso diario. El filósofo, si es tal, procura situar su objetivo en los niveles altos de la vida en que se fraguan los sucesos, aconteceres y avatares cotidianos. Es cuestión de profun-

dididad. La meta del filósofo consiste en detectar con juicio certero las corrientes profundas que deciden los cambios del mar de superficie.

En la sesión de crítica dirigida hace unos días por el arquitecto José Antonio Coderch acerca de su reciente obra, la casa *Girasol*—enclavada en la encrucijada de las madrileñas calles Goya y Lagasca—, salieron a colación varios temas que por su hondura poseen un gran poder de propulsión en cuestiones de Estética. De ahí la conveniencia de consagrarles atención desde el punto de vista filosófico, que es tanto como decir, en este caso, desde el punto de vista de todas sus implicaciones culturales.

EL LUJO Y LA EJEMPLARIDAD

A lo largo de los últimos tres cuartos de siglo el vocablo "lujo" ha ido rodeándose, por causas de todos conocidas, de un cierto halo de peligroso descrédito. La creciente—y por todos conceptos benemérita—preocupación social polarizó la atención de los hombres en los problemas directamente relacionados con la solución de las necesidades más perentorias de la vida, y ello hasta un punto tal de absorción psicológica que se llegó en ocasiones a juzgar lo lujoso como algo marginal e incluso inaceptable. Al llegar a este punto surge la cuestión-límite de precisar qué se entiende por "lujo", pues tal vez la única solución posible radique en tener una idea cabal de lo que significa este término ambiguo.

El que se halla en la situación extrema de una falta absoluta de cobijo puede muy bien considerar lujosa la barraca cuyas dimensiones superan el número de metros cúbicos necesarios para dar albergue a una

persona. Ya sabemos que en las situaciones desesperadas *lo físico* se impone de forma desmesurada, rigurosamente absoluta, al hombre. A medida que éste ve satisfechas sus necesidades más apremiantes—habitación, vestido, alimento—, empieza a sentir de modo creciente el aguijón de otra suerte de necesidades más elevadas y no menos imperiosas para la vida humana tomada en su integridad y plenitud. De esta forma, el ámbito de lo lujoso se va restringiendo paulatinamente. El género de vida superior—más abierto a la cultura, a las relaciones interhumanas, etc.—de la persona de posición desahogada exige unas condiciones de habitación totalmente innecesarias—y, por tanto, "lujosas"—para el hombre preocupado exclusivamente por mantenerse en la existencia.

Ahora bien: ya dentro de este nivel de libertad y apertura, las necesidades que en el hombre se crean están cualitativamente determinadas por la orientación que cada uno imprime a su vida y por el signo de sus ilusiones. Hay quienes no parecen tener otro afán que "cambiar la silla de madera por la mecedora"—como escribió en cierta ocasión González Ruano—y dar a su hogar un aire confortable y acogedor. El *lujo* está aquí emparejado con la comodidad, la espectacularidad e incluso, a veces, la ostentación económica.

Puede, en cambio, muy bien suceder que una persona, al acrecentarse sus posibilidades, sienta la necesidad de instalarse en un hogar sobrio, de una austera belleza serena, en el cual los elementos decorativos tengan espacio holgado y el marco debido. En este caso podría decirse que el "lujo" radica en la amplitud (amplitud a veces tan sólo *relativa* al número de elementos decorativos),

en la nobleza del ambiente, en el buen gusto de la selección de motivos, etc. El concepto de lujo, evidentemente, cambia de signo en ambos casos. Hace algún tiempo, por ejemplo, se consideraba como iglesia *lujosa* la que exhibía grandes paneles de plata y oro, raros mármoles y profusión de cuadros e imágenes. Actualmente, una iglesia puede ser calificada de "lujosa" cuando su estructura general y sus más nimios detalles son el resultado de un estudio detenido y competente, cuando ofrece los espacios debidos a sus diversas funciones, cuando todos sus elementos integrantes—altares, imágenes, bancos, etc.—están enclavados en el ámbito que les es debido. Aquí el concepto "lujo" no alude a confort, ostentación, espíritu triunfalista, etc., sino a ese enigmático y sugestivo *plus* que el hombre sabe añadir a lo que hace por necesidades elementales de la vida cuando tiene huelgo para ello y dispone de esa fuerza misteriosa, siempre nueva y desconocida, que ya desde antiguo se viene llamando *inspiración*. Se comprende que esta forma de "lujo" no suscite los peligrosos fenómenos de resentimiento en las clases menesterosas que suelen provocar en general las notorias desigualdades económicas.

Por eso resulta excesivamente superficial cantar un himno a la "pobreza"—en lo tocante, por ejemplo, al Arte Sacro—sin precisar exactamente los términos, porque de hecho lo que escinde a los hombres e irrita su sensibilidad es la mera ostentación económica, no la exhibición de una materia noble transfigurada por el arte, pues, sin duda, en todo tiempo ha sabido el hombre humilde acatar el poder siempre misterioso, numinoso casi, del forjador del metal, del tallador de la piedra... La presencia ante los altos valores que exhibe el Arte eleva al hombre y lo sitúa a niveles en que florece la alegría, que es un don de altiplanicies espirituales. La mera exhibición de la riqueza—que se traduce en poder—envilece y abate el espíritu de todo hombre con sensibilidad.

En Madrid acaban de levantarse dos edificios que intentan, mediante un gran esfuerzo económico e intelectual, conseguir efectos inéditos de estructuración del espacio. Huarte y Efine, como empresarios; Oiza y Coderch, como arquitectos, no persiguen

el mero logro de unas viviendas "lujosas" en el sentido vulgar del vocablo—que apunta a ideas, digamos, *burguesas* de confort y ostentación—, sino viviendas cargadas de sentido, de hondísimos valores humanos, de fecundas tensiones estéticas que enriquecen la vida del hombre. Esta atención esforzada a un género de urgencias humanas, en modo alguno elementales, puede considerarse como una actividad "lujosa", pero nadie medianamente agudo podrá negar que se trata de un *quehacer promocional* extraordinariamente fecundo.

Es de celebrar que en la capital de España—que, además de otras cosas, es centro geométrico de la nación—haya habido dos entidades y dos personas dispuestas a correr, respectivamente, un riesgo económico y un riesgo profesional para dar una lección práctica de qué puede—y debe—entenderse por *lujo* a la altura social y profesional en que nos hallamos. Hoy día un órgano lujoso, pongo por caso, no es el que se esconde bajo una fachada exuberante, sino el que tiene espléndidos recursos sonoros. Un instituto de investigación "lujoso"—si cabe aquí el término—no es el que rodea sus pasillos de costosos mármoles, sino el que ofrece a sus miembros los más eficaces medios de trabajo. En la línea de eficacia que caracteriza a nuestra época—que hizo bandera de la *sinceridad*—, una casa "lujosa" será la que ofrezca a sus habitantes los elementos más poderosos para desarrollar los valores humanos de *más alta cotización*. Y bien sabemos que lo "confortable" y lo "agradable" ocupan los escaños más bajos de la escala de valores.

Este tema suscita en nuestro recuerdo multitud de temas de la Historia del Arte, en la cual se entreveran lo "lujoso", lo "innecesario"—innecesario en orden a cubrir necesidades perentorias de la vida—y lo "bello". Pero no se olvide que las cimas más altas del Arte vienen dadas por edificios y obras cargados de fuerte simbolismo, tales como los templos, las imágenes sacras, etc. En estos casos, no es lo sencillamente "inútil" lo que se hermana con lo bello, sino lo que tan sólo es útil en una esfera muy elevada de la existencia humana. A este nivel, la función bien cumplida y la belleza lograda suelen conjuntarse para dar lugar a las más eximias obras artísticas. Un tem-

plo griego, una catedral románica, una estatua gótica, el canto gregoriano, etc., son ejemplos de realidades "lujosas", que ocupan un buen tanto por ciento de lo que es y significa el hombre occidental.

Esta atención prestada al lujo fecundo y constructivo constituye una actitud *ejemplar*, con ese género de ejemplaridad de los hombres que ponen sus recursos al servicio del progreso humano hacia cotas altas. Bien sabido que dar un paso adelante en cualquier arte, ciencia o técnica es un salto en el vacío que exige la movilización de muchas y muy robustas virtudes humanas: capacidad de soportar altas tensiones de riesgo, imaginación creadora potente, etc. Todo acto de creación, por humilde que sea, implica dolor y exige, por tanto, en todo caso respeto, sea cual fuere el resultado práctico del mismo. Cuando se observa que tal acto ha florecido en una gran obra, al respeto se une la admiración y un profundo agradecimiento. La cultura se mueve a empujones, y a quienes se arriesgan a dárselos es deudora la Humanidad de perpetuo recuerdo, pues en ellos, como pioneros de la cultura, se alía la *ejemplaridad* con la mejor *aristocracia*.

LA SENCILLEZ Y LA BELLEZA

En el coloquio que siguió a la ponencia del arquitecto Coderch, el arquitecto Víctor d'Ors subrayó, entre otras cosas, la correlación que media entre la *humildad* y la *belleza*, fecundo tema al que conviene dedicar atención.

Desde hace exactamente cuatro siglos, es decir, desde el momento en que el hombre acertó a entrever las leyes de la naturaleza—hasta entonces arcana, recóndita y más temida que manipulada—, los vocablos "humildad" y "sencillez" no tienen buena prensa en Occidente. El hombre intelectual se arrogó derechos frente al Universo no sólo de observador, sino de director, y el dominio del cálculo lo llevó a la embriaguez del poder. Con el recurso potente de las fórmulas el científico creyó poseer la clave mágica para dirigir coactivamente todos los procesos del mundo y de la vida, incluso el alto proceso, siempre enigmático, que lleva al hombre a la felicidad. Cuando en la posguerra de la primera contienda mundial el pensador germano Peter Wust escribió un

libro de filosofía titulado *Sencillez y piedad*, los altos dignatarios de la filosofía germana movieron despectivamente su gran cabezota de racionalistas empeñados en dictar leyes al universo. Actualmente, tras el hundimiento en las dos grandes guerras últimas de los ideales y las ilimitadas pretensiones racionalistas, el mundo occidental ha moderado su euforia lo suficiente para entrever que la obra de Wust trae un mensaje de cordura que bien haríamos todos en meditar. En sustancia, viene a reducirse a las siguientes proposiciones: el hombre llega a su plenitud en todos los aspectos de la vida cuando sabe colaborar con el entorno en que se halla situado. Este entorno es, en su mayor parte, un *don* con el que el ser humano se encuentra y en el que está envuelto a modo de atmósfera benéfica que lo satura y, al saturarlo, no lo anega, antes lo *plenifica*. Pero aceptar un don ante el que no cabe la libertad de acogerlo o rechazarlo, porque es algo que decide el ser o no ser del mismo que pretende elegir, implica una actitud de *sencillez*, de *acogimiento* y *apertura*. De ahí la importancia del silencio—frente a la cháchara, que es evasión ante el mensaje de las cosas—, del saber estar a la escucha para plegarse con libertad creadora a las exigencias de las cosas en torno.

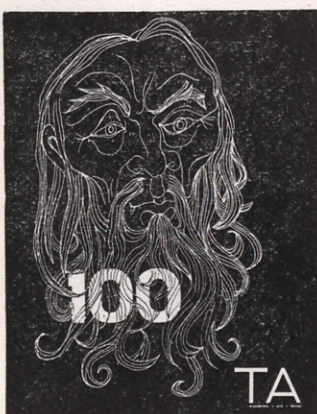
En esta línea de sencillez y humildad, totalmente ajena a las ciegas pretensiones del individualismo moderno, los maestros del

románico, por ejemplo, consagraban su vida artística al servicio de una gran idea fecunda, y en este clima de entrega a una tarea común desarrollaban su actividad a un nivel de elevación artística, sin la necesidad angustiosa y agostadora de partir del kilómetro cero impuesto por un afán ultraísta de *originalidad*. Por eso sus obras son muy similares, pero no producen impresión monótona, al no ser fruto de un cálculo mecánico impuesto por la necesidad de la producción en serie, sino de la urgencia personal de crear en un entorno determinado una entidad artística absolutamente nueva y única dentro de una línea estilística que es el precipitado de mil y mil valiosas experiencias artísticas. La humildad es aquí la inserción en una corriente cultural que se ha revelado fecunda, la adaptación personal y creadora a unos puntos de vista que enriquecen a quien posee libertad y elevación de espíritu suficiente para hacerlos rigurosamente suyos. Humildad se opone tanto a espíritu coactivo como a actitud *rutinaria*, pasiva y banal. Tanto el hombre enraizado en una tradición como el que se halla en el difícil trance de crear una corriente artística en la que otros hombres se sientan en el futuro cobijados tiene conciencia, si es humilde, de que está sirviendo a los altos valores que encienden y sostienen su inspiración. Los mayores artistas de la Historia tenían la impresión de ser *llevados*, y esta

misteriosa pasividad en el seno de un proceso activamente creador es la que confiere al fenómeno de la *inspiración* ese enigmático carácter ambivalente que tanto sorprendería a los antiguos.

Cuando hoy se subraya entre los arquitectos la necesidad de adaptar sus construcciones a los correspondientes entornos, se está exigiendo la actitud de *sencillez* necesaria para realizar una labor de *co-laboración*, pues una secreta voz nos está revelando a todos desde hace algún tiempo que *nada es fecundo en la vida del hombre que no lleve en sí el carácter de diálogo*. La vida intelectual debe someterse de buen grado a la gran ley que rige la fecundación biológica, que exige como excelso tributo a los atónitos protagonistas del renovado prodigio una actitud de incondicional entrega mutua.

Es sintomático que a la vuelta de tanta vanidad en el hombre ciudadano, orgulloso depositario de los poderes de la técnica, deba éste recurrir al campo para buscar motivos de asombro en sus pequeños pueblos, humildemente plegados a las incidencias del terreno, serenamente agrupados en torno a una plaza hecha para el cotidiano afán de convivir y relacionarse en paz. Es la lección siempre nueva, perenne, de la humildad llevada al quehacer técnico: que el éxito no procede de imponer abstractamente determinados criterios, sino de crearlos en sencilla colaboración.



Con gran satisfacción hemos visto, toda la Redacción de ARQUITECTURA, la aparición del número 100 de la revista TEMAS DE ARQUITECTURA, publicación de iniciativa particular que en nueve años de constante y tenaz lucha (y los que estamos en estos menesteres podemos calibrar con exactitud este esfuerzo) se ha convertido en una revista sana y pujante.

Desde estas páginas enviamos nuestra muy cordial, muy sincera y muy efusiva felicitación a todos sus realizadores, en especial a su director, Miguel Durán-Lóriga y a su colaborador Jesús Martitegui.

C. de M.